

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. UNA GUERRA DENTRO DE OTRAS GUERRAS

Prof. Dr. Emilio DE DIEGO
Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

Un intento para comprender lo sucedido en España entre 1808 y 1814, requiere no solamente el estudio de la historia local y regional, sino una consideración del conflicto más allá de los límites del territorio español. Nada resulta suficientemente claro sin atender no sólo al horizonte peninsular, sino a otros conflictos ligados a él, que tienen por escenario el Viejo Continente, en los cuales se decide el futuro de la contienda. Éste es el esquema de análisis en el que se basa el presente trabajo.

Palabras clave:

Guerra Independencia. Cantabria. España. Península Ibérica. Europa.

Abstract:

An accurate understanding of that happened in Spain between 1808 and 1814 requires not only the study of local and regional history, but also a consideration of the conflict beyond the limits of Spanish territory. Nothing seems to be sufficiently clear if we do not gaze out both to the peninsular horizon, where another conflict, linked to ours, is taking place; and that of the Old Continent where the future of the world was being clarified. This is scheme of analysis in which the present work is based.

Key words:

War Independence. Cantabria. Spain. Iberian Peninsula. Europe.

Emilio de Diego: “La Guerra de la Independencia. Una guerra dentro de otras guerras”, *Monte Buciero 13. Cantabria durante la Guerra de la Independencia*, ISSN 1138-9680, Santander 2008, pp. 45-67.

En los prodromos del Bicentenario de aquel 1808, que vio el levantamiento de España contra los designios napoleónicos, empiezan a proliferar las actividades de carácter conmemorativo. Las iniciativas de diferentes instituciones y organismos locales, provinciales y regionales; públicos y privados, juegan un destacado papel en este sentido. La rememoración de lo sucedido en los espacios más próximos cobra un protagonismo tan evidente como lógico. Sin embargo, el verdadero significado de estas referencias parciales sólo se alcanza desde la consideración del marco general de aquella contienda.

Los factores que condujeron a la confrontación franco-española, tras un largo periodo de alianzas que ahora se rompían y que nos arrojaban en brazos de quienes hasta entonces venían siendo nuestros enemigos, compondrían una extensa relación en cuyo análisis no entraremos aquí, pero que conviene tener presente. Entre ellos:

1.- La crisis institucional que concluiría con la defenestración de Carlos IV por Fernando VII, con la figura de Godoy como “motivo” y con Bonaparte convertido en árbitro de la pugna interna de los Borbones españoles.

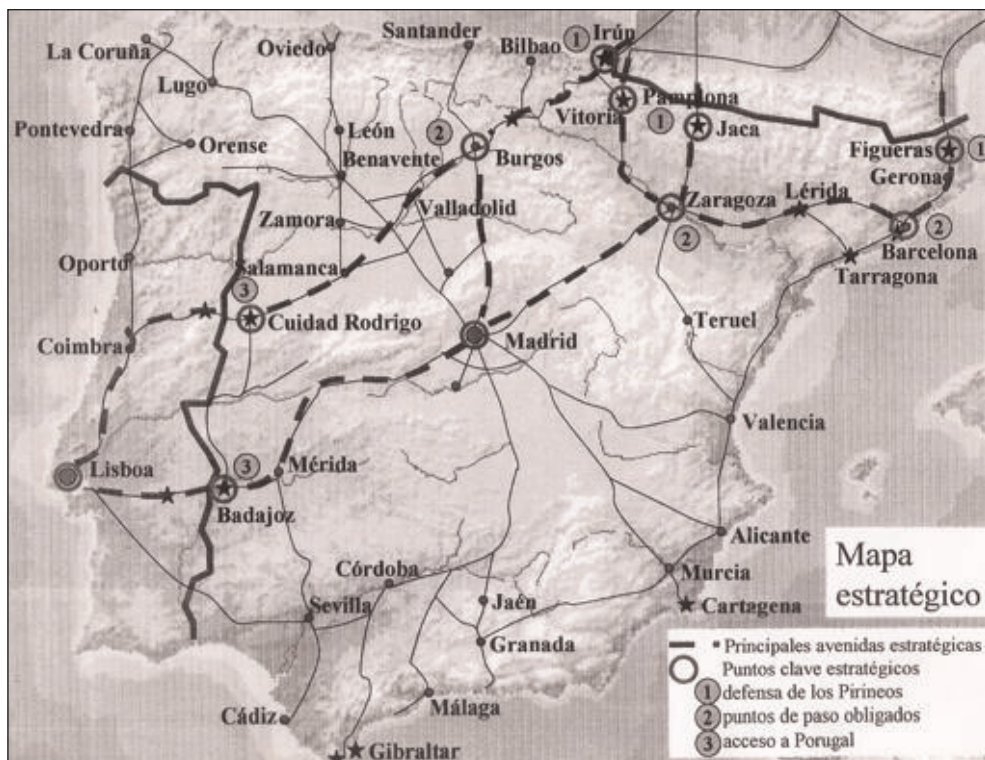
2.- Los errores de Napoleón: políticos, militares, económicos, etc.

3.- La situación internacional y el carácter euro-americano de la monarquía española.

Pero, como decíamos, debemos centrarnos en lo sucedido desde el inicio de las hostilidades a finales de la primavera de 1808. En ese sentido acaso lo primero que habremos de recordar es que la Guerra de la Independencia fue un conflicto bastante heterogéneo en su proyección por las diferentes áreas de la geografía española. Su intensidad y duración en las diversas regiones vino a ser enormemente dispar. Además, su evolución estuvo marcada por las circunstancias de un contencioso mucho más amplio que se desarrollaba tanto en el vecino país ibérico como en otras zonas de Europa. Si, a partir de ahí, hacemos una reflexión sobre la lucha mantenida por los españoles durante el periodo de 1808 a 1814 nos encontramos que:

I) Aquella fue nuestra “guerra nacional” por excelencia. He escrito en más de una ocasión que la llamada Guerra de la Independencia, *The Peninsular War*, para los británicos; “el infierno de España”, en la percepción de muchos

combatientes napoleónicos; vino a ser el hecho fundente y fundante de la España contemporánea. Una epopeya comparable a la “primera guerra patria”, de 1812, para los rusos; o la *Befreingskrieg* germánica, de 1813, para los alemanes, entre otras que cabría citar. Ya Metternich lo proclamaba con la mayor rotundidad al referirse a nuestra lucha por la independencia a finales de 1808. “*Si hubo jamás una guerra nacional -escribía el político austriaco- es la presente guerra española*”.



En efecto, al margen de los factores etnoculturales, económicos y de cualquier otra naturaleza, que confluyeron en la eclosión del nacionalismo romántico de los diversos pueblos europeos, otro componente jugaría un papel clave en muchos de los respectivos procesos de afirmación nacional: la defensa frente a un enemigo exterior. Quizás nuestra peculiaridad, respecto a casi todos los demás, estriba en que la lucha contra la invasión napoleónica fue el último gran catalizador de la nación española. Al menos con efectos duraderos, por encima de las divergencias que dejaba abiertas entre los propios habitantes de nuestro país. Para la inmensa mayoría de los españoles, liberales o tradicionalistas, monárquicos o republicanos, centralistas o federalistas, clericales o anticlericales... civiles y militares, “...*el recuerdo más popular, la epopeya más viva de nuestras glorias, sin duda alguna -como expresaba tempranamente el marqués del Duero-, es la guerra de la Independencia*”. Así fue

hasta hace no tanto tiempo, pues, el resto de nuestra, por desgracia extensa, peripecia bélica en los siglos XIX y XX, estuvo marcada principalmente por tintes cainitas o, cuando menos, su desenlace acabaría provocando más divisiones internas que nexos de identificación común.

España no intervino en las grandes conflagraciones europeas del Ocho-cientos y del Novecientos y, por lo tanto, no renovó este tipo de aportes nacionalistas que palparon en otros países del Viejo Continente. Ni la guerra de África, en su entusiasta pero breve episodio de 1859-1860; ni mucho menos en su controvertido discurrir entre 1909 y 1927; ni otros pasajes militares de menor fuste, allende nuestras fronteras, protagonizados por las fuerzas armadas españolas, fueron aglutinantes suficientemente eficaces del nacionalismo español. Más aún, la confrontación con los Estados Unidos, en 1898, tras una intensa pero fugaz sacudida españolista, concluyó en la frustración de un “noventayochismo” agónico, pesimista e insolidario, profundamente disgregador. En cuanto a la disputada herencia del siglo XX, acerca de la idea y el sentimiento común de España, como Nación, Patria y Estado, la situación no precisa aquí mayores comentarios.



La lucha iniciada en 1808, no sólo ocupó lugar preferente, a través de los relatos orales, en la memoria de varias generaciones de españoles, en todos

los rincones del país, sino que se convirtió en una referencia, más o menos mitificada, pero compartida, que potenció, también, una forma de vernos a nosotros mismos y, a la par, contribuyó a formación de una imagen de España en el mundo durante mucho tiempo.

No faltan elementos que avalen tales secuelas. Dada la magnitud de la intervención militar francesa en la Península, entre 1807/1808 y 1814, y los objetivos políticos que perseguía, se dilucidaba la supervivencia de España y de todas y cada una de sus regiones. No quedaba más alternativa que someterse a los proyectos napoleónicos o batirse unidos contra ellos. La inmensa mayoría de los castellanos, andaluces, asturianos, extremeños, gallegos, catalanes, navarros, aragoneses, valencianos, murcianos, vascos, cántabros, canarios, baleáricos, los habitantes de nuestras ciudades al otro lado del Estrecho y aún los españoles americanos... antepusieron el valor de la identidad española, en lucha por su independencia, a cualquier consideración, aún desde posiciones ideológicas distintas en determinados aspectos. Cientos de proclamas y manifiestos coincidían en la defensa de la fidelidad a Fernando VII, el amor a la fe y a la religión católicas; el valor; el honor; la libertad y la independencia, a uno y otro lado del Atlántico, sentidos como herencia histórica común.

La Junta de Gobierno de Vizcaya, en una de sus proclamas, a primeros de agosto de 1808 escribía: *“Los vascongados a los demás españoles. Españoles: somos hermanos, un mismo espíritu nos anima a todos ... Aragoneses, valencianos, andaluces, gallegos, leoneses, castellanos ... olvidad por un momento estos mismos nombres de eterna armonía y no os llaméis sino españoles ... recibid, como prueba incontestable del espíritu que nos anima los holocaustos que ofrecen a la libertad española los Eguías, los Mendizábalas, los Echevarría y otros infinitos vascongados...”*

Incontables testimonios, coetáneos o ulteriores, reconocerían un sacrificio parecido; aunque en ocasiones la lucha contra Napoleón obedeciera no sólo al espíritu patriótico. A un siglo de los acontecimientos, Federico Rahola resaltaba, con más claridad que entusiasmo, como *“la amenaza francesa, en 1808, forzó la aproximación a Castilla”*. Pero recordemos que, aparte de protagonizar algunas de las primeras y más brillantes acciones armadas contra los franceses, también los catalanes se hallaban en la vanguardia del proceso para la implantación de un marco político común en España. Nadie podrá disputar a Ramón Sanz, Juan Valle y Plácido Montoliú, tres diputados catalanes, el honor de encabezar la relación de asistentes a la sesión inaugural de las Cortes, el 24 de septiembre de 1810, y que el primer presidente de aquella Asamblea fuera otro catalán, Ramón Lázaro de Dou.

La de 1808-1814 fue una guerra de supervivencia. Ortega y Gasset, rememorando los viejos episodios de Sagunto y Numancia, o la dilatada gesta de la Reconquista, incluía, en la misma línea, la lucha contra Napoleón, cuando afirmaba que los españoles nos habíamos especializado, aparte de las disputas civiles, en guerras de independencia; es decir, en aquellos enfrentamientos que acumulaban, en grado paroxístico, un desafío de afirmación esencial, o lo que es lo mismo, de identificación. Por eso, la victoria obtenida en 1814

coadyuvó a afianzar los lazos de la españolidad y a convertir el multiregno hispano, del Antiguo Régimen, unido por la Corona, en el Estado nacional asentado en la Constitución de 1812, con las limitaciones y contradicciones que aquello pudiera suponer.

II) En otro orden de cosas, la Guerra de la Independencia se convirtió en el marco de enfrentamiento de dos formas distintas de percibir la historia: una portadora de los valores de la Ilustración, pero también de sus limitaciones; y la otra asentada en el romanticismo, o al menos en una de sus vertientes. La guerra contra los planes del Emperador francés fue, esencialmente, el rechazo al proyecto de una Europa apoyada en una cosmovisión racionalista, potencialmente modernizadora, a través de la cual Napoleón trataba de imponer el liderazgo francés y bonapartista por la fuerza de las bayonetas. Frente a eso se alzó el “espíritu” en defensa de la tradición y de las reformas, pero en libertad.

Una exposición acabada de aquellos dos planteamientos opuestos, y del fiasco del racionalismo, la tenemos en la carta de Sebastiani a Jovellanos, en abril de 1809 y en la respuesta de éste. “*Señor -escribía el general francés- la reputación de que gozáis en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor a la patria, el deseo que manifestáis en verla feliz deben haceros abandonar un partido que sólo combate por la Inquisición ... por el interés de algunos grandes de España y por los de la Inglaterra ...*” Según el militar francés, José I ofrecía en contrapartida “*... la libertad constitucional; el libre ejercicio de vuestra religión; la destrucción de los obstáculos que varios siglos ha se oponen a la regeneración de esa bella nación...*” y añadía las más lisonjeras ofertas personales y colectivas.

La contestación del insigne asturiano fue tan rotunda, como seguramente sorprendente para Sebastiani: “*Yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que siguen mi patria ... y que todos hemos jurado seguir y sostener a costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, ni por la Inquisición..., ni por el interés de los Grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey; nuestra religión, nuestra constitución,* (evidentemente el derecho político tradicional, pues en esa fecha la “Pepa” quedaba lejos todavía) *y nuestra independencia*”. “*Porque Señor general -añadía-, no os dejéis alucinar, estos sentimientos que tengo el honor de expresar son los de la Nación entera*”.

Acaso por primera vez en la historia contemporánea europea, la libertad desmentía la lógica cerrada y determinista que pretendía regular el devenir de la Humanidad. El pueblo español se batió por su antigua manera de vida, por su rey, por su religión, contra modos e ideas extranjeras, fueran éstas buenas, malas o indiferentes. Combatieron al francés y sus aliados con el mismo impulso que al moro, en una “guerra santa”, contra los enemigos de su Fe y de su manera de ser. No fue aquella guerra exclusivamente una “cruzada”, pero eso no anula la importancia del componente religioso.

III) Desde luego, la guerra contra Bonaparte no se entendería sin fijarnos en otros aspectos más pragmáticos. Ciertamente, como hemos señalado, en el terreno ideológico se planteó una pugna radical entre dos universos descritos como absolutamente antagónicos y, en buena medida, la respuesta a la invasión napoleónica se apoyó en un vínculo de elementos ideales y emocionales. Sin duda, en la resistencia contra las tropas del Emperador jugó un papel decisivo el sentimiento nacional, la defensa de Dios, de la Iglesia, del Trono y de la Patria. Pero no podemos obviar los factores materiales. La libertad e independencia por la que batallaron aquellos españoles, de manera más o menos admirable, patética y terrible, sublime a veces y, en ocasiones, incluso aparentemente despreciable, no respondía únicamente a impulsos trascendentales, más o menos difusos. Desde los primeros incidentes hasta la extensión de la insurgencia por todo el país, y de ésta a la lucha armada durante seis años, los factores más prosaicos se mezclaron con todo tipo de valores espirituales a la hora de combatir al invasor. Así, en aras de comprender lo ocurrido, al lado de los grandes valores conviene también tener presentes los elementos básicos de la cotidianidad.

IV) Por lo que respecta a sus características militares, la Guerra de la Independencia como lucha armada fue una contienda, en cierto modo “antigua”, sería más ajustado decir “tradicional”, “clásica”, en determinados aspectos; pero, simultáneamente, fue una forma de conflicto “nueva” y “moderna”; más aún actual y, en cierto sentido, “total”. Regular e irregular, implicó al Ejército, la Armada, la guerrilla y la población civil, (incluyendo al clero). Ésta última se vio afectada, en todos los ámbitos, de manera más extensa e intensa que en ningún otro de los conflictos anteriores. Fue una contienda en la que no faltaron grandes planes estratégicos y tácticos pero que, por encima de ellos, da la impresión de resultar caótica, desordenada en su génesis, iniciación y desarrollo. Las guerras -dice uno de los militares que mejor han estudiado la lucha de 1808 a 1814- suelen ser “frente a”; mientras que en ésta, valga la expresión, estaríamos en una “guerra dentro de”. Resulta así complicado establecer, en términos reglamentarios, un diseño coherente en el ámbito territorial. Además, el contexto institucional fomentó también un confuso panorama a la hora de ejercer funciones tan determinantes como el mando.

Pero a la larga este carácter, entre anarquía, espontaneidad e improvisación, romanticismo y algunas notas de surrealismo, acabó siendo un obstáculo difícilmente salvable para el concepto napoleónico de la guerra. La racionalidad de la doctrina militar del Emperador no fue capaz de asumir el caos, aparente o real, que, en muchos momentos, dominaba la lucha en España. Más aún, detrás de los errores y carencias de las tropas españolas, el espíritu de resistencia, que se mostraba superior a cualquier lógica, y la voluntad de vencer, animaron una guerra popular y nacional, distinta a las precedentes y pionera de un modo nuevo de guerrear. Una contienda de naturaleza irreductible a los esquemas napoleónicos.

La Guerra de la Independencia fue una lucha dinámica, con desplazamientos constantes de masas de combatientes de una parte a otra de la vieja

“piel de toro”. El mismo espacio fue ocupado alternativamente por uno u otro bando innumerables veces; aunque el dominio de determinadas zonas quedara, relativamente pronto, definido de manera casi permanente. Se sucedieron un buen número de batallas campales y centenares de combates y refriegas de menores dimensiones. Pero hubo también episodios diríamos “estáticos”, como los sitios de algunas ciudades: Zaragoza, Gerona, Cádiz, Badajoz, Tarragona, Astorga, Valencia, San Sebastián, etc., que evocaban otro modo de combatir y cuya repercusión en la moral de unos y otros resultó muy importante.

Con todo, la contienda de 1808-1814 al sur de los Pirineos presentó una nota de crueldad superior a lo que podríamos calificar de habitual en las guerras de entonces. A esta circunstancia contribuyó no poco la idea del Emperador de someter España a sangre y fuego, pero también la espiral de represión subsiguiente a las actuaciones de la guerrilla.

V) Aunque la Guerra de la Independencia sólo se entiende considerando que fue a la vez una guerra dentro de otras guerras. En primer término de la llamada *The Peninsular War*. En realidad ambas sólo serían factibles simultáneamente. La guerra peninsular no fue posible hasta que se produjo la insurrección española. Sólo entonces los aliados anglo-portugueses, unidos o separados de los españoles, pudieron combatir a las tropas de Napoleón en el solar ibérico. No debería ser necesario recordar que hasta bien entrado el verano de 1808, los portugueses no habían sido capaces de ofrecer una resistencia importante a Junot y los ingleses seguían contemplando la Península desde sus barcos. Pero la Guerra Peninsular, incluida por supuesto la española, tampoco hubiera sido posible sin el dominio del mar. La hegemonía naval combinada con el levantamiento español, permitieron abrir un nuevo frente en la larga pugna anglo-francesa, que acabaría siendo decisivo para la derrota del Emperador.

La conjunción de ambos factores provocó un cambio estratégico fundamental. Por primera vez, desde 1793, la potencia marítima (Inglaterra) pudo combatir con ventaja, en tierra, a la potencia continental (Francia). El dominio del “espacio”, permítasenos tal expresión, quedaba desde agosto de 1808 en manos británicas. Sus bases estaban más próximas a sus fuerzas operativas que las del enemigo. Sus abastecimientos eran más fáciles y mejores; sus reductos defensivos (por ejemplo el de Torres Vedras), más sólidos y seguros; la longitud de sus líneas, menor; sus transportes, mucho más rápidos y de superior capacidad; la población civil colaboraba, por lo general, con sus tropas, a la par que causaba estragos a los imperiales...; e incluso, en caso de necesidad, contaban con posibilidades de evacuación más favorables. Los franceses que, habían iniciado la ocupación de Portugal con el auxilio de su aliado Carlos IV, pasaban, tras el levantamiento de los españoles, a combatir a cientos de kilómetros de sus bases, en un territorio súbita y fieramente hostil, en tanto las fuerzas anglo-portuguesas se batían “en casa”. Aparte de las circunstancias y de los planes de los británicos, resulta comprensible la cautela de Wellington a la hora de asumir riesgos en operaciones que le obligaran a alejarse de las costas portuguesas.

Desde este plano, para algunos analistas militares, la Guerra Peninsular, atendiendo sobre todo a los planteamientos británicos, sería una de las más interesantes que hayan existido, al menos, hasta la II Guerra Mundial. Principalmente en cuanto al dominio de la estrategia general; aquella que abarca, simultáneamente, a la acción de los Ejércitos y de las flotas, que preside sus relaciones y que se concreta por medio de operaciones combinadas de gran envergadura.

En cierta medida sería aquí donde adquiere toda su dimensión el papel de Cantabria. A pesar de que las tesis braudelianas sobre la determinación de la Historia por la geografía hace tiempo que perdieron al menos parte de su crédito, la posición estratégica de la región cántabra respecto a las comunicaciones de las tropas imperiales entre la frontera y Madrid; lo mismo en relación con los ejércitos franceses de maniobra que trataran de marchar contra Portugal, a través de la Meseta Norte, y por último su posición clave para las acciones desde el mar (apoyo logístico a las guerrillas; a las tropas regulares angloportuguesas, sobre todo en el caso de estas últimas en la campaña de 1813; y para evitar el emplazamiento de alguna base naval británica, que pudiera servir para hacer más fácil y eficaz el bloqueo de la costa occidental de Francia), condicionaron la guerra en estas tierras. Se comprende por esta vía el temprano inicio de la insurrección ante la proximidad del foco asturiano y la falta de fuerzas bonapartistas; la forma en que se produjo, como algarada popular antifrancesa y antigodoyista; la duración del conflicto, una de las mayores sufridas por cualquier otro lugar de España; e incluso sus momentos de mayor o menor actividad y la importancia clave de Reinosa y Torrelavega, por unos motivos, y de Santander, Santoña y Castro Urdiales, por otro.

Guerra Peninsular y Guerra de la Independencia no fueron procesos simétricos pero sí complementarios y suplementarios. En ellas combatieron gentes de múltiples nacionalidades y de cuatro Naciones, dos de las cuales pugnaban por su supervivencia, España y Portugal, y otras dos por el dominio del mundo, Inglaterra y Francia. Las aspiraciones respectivas de cada bando coincidirían en su objetivo final (derrotar al enemigo), pero podían mostrar lógicas divergencias, en determinados momentos, sobre las prioridades intermedias y, aún, en el alcance de una hipotética victoria, cabían límites distintos.

Los ingleses tenían como meta la derrota total de Bonaparte, sin otro ritmo que el demandado por una guerra defensiva; sobre todo después de la fallida experiencia de John Moore. Su estrategia, tan simple como eficaz, sería atraer al enemigo, haciéndole alargar al máximo las líneas para multiplicar sus problemas logísticos; y reducir los propios al mínimo, magnificando todas las ventajas posibles. Una guerra de desgaste cuya fase final, la última ofensiva, sólo tendría lugar cuando la debilidad del adversario fuese evidente, no sólo al sur de los Pirineos, y permitiera llevar la lucha hasta el corazón del territorio enemigo; lo que ocurriría a partir de 1813. Así la Guerra de la Península, venía marcada por un espacio, más allá de las fronteras de España y Portugal, y un tiempo no ajustable a los intereses locales portugueses o españoles.

En la Guerra de la Independencia los españoles buscaban librar a nuestro país de la presencia napoleónica y lograr el restablecimiento de Fernando VII cuanto antes. Su desenlace podría haberse ajustado, por tanto, a una paz con la Francia bonapartista. Aspiraciones limitadas y ritmo diferente definían, pues, la guerra española respecto a la guerra de los británicos. Ambos procesos se interrelacionarían necesariamente con lo que ocurría en el resto de Europa, pero también cabría establecer, en este caso, algunas matizaciones diferenciales.

Una enésima cuestión a tener presente. La aproximación al plano psicológico colectivo nos mostraría, bajo esta perspectiva, que los españoles combatían por patriotismo, incluyendo en él los elementos materiales y espirituales que significaban sobrevivir, y odio al invasor; poniendo cuanto tenían, sin medida, al servicio de su causa. Así, el apasionamiento dominaría a todos los niveles en el bando “patriota”. Los ingleses, por su parte, se batían en la Península con el mismo sentimiento, pero con mayor prudencia, sensatez, paciencia, preocupación extrema por la posible derrota; voluntad y tenacidad, pero sin prisa, buscando asegurar cada paso, porque el enemigo no ocupaba su país.

Además de la interacción de la lucha de los españoles por su independencia con la llevada a cabo por los angloportugueses, dentro del territorio peninsular, la otra vertiente del conflicto se hallaba en el corazón del Viejo Continente, a miles de kilómetros. Ya en 1809 la vuelta de los austriacos a la guerra había estado vinculada, estrechamente, a lo sucedido en la “piel de toro” ibérica. No sería la única repercusión “europea” de la pugna hispana contra Napoleón. La incidencia verdaderamente decisiva se produciría a partir de 1812, con la simultánea actuación de las tropas imperiales en Rusia y en España.

En la primavera de aquel año, un total de 590.687 hombres, bajo las banderas napoleónicas, marchaban hacia Rusia, de ellos 95.000 polacos, 35.000 austriacos, 25.000 italianos, 24.000 bávaros, 20.000 prusianos, otros tantos sajones, 17.000 westfalianos, 5.000 portugueses, 2 batallones españoles del regimiento José Napoleón y 3.500 croatas. Algunos autores reducen la cifra total a unos 450.000, de los que poco más de 300.000 entrarían en Rusia. Un buen número de ellos había salido de la Península Ibérica. En cualquier caso se trataba de una auténtica *Grande Armée*, aunque muchos de aquellos soldados eran poco más que adolescentes.

El 16 de mayo Napoleón estaba en Dresde. Dos semanas más tarde salía para Poznan. El 8 de junio llegaba a Danzig exponiendo sus planes a Davout y Murat. El 24 de junio sus tropas avanzaban camino de Vilna, donde Napoleón entró cuatro días después. El calor, las marchas agotadoras y los problemas de aprovisionamiento empezaron pronto a diezmar al Ejército imperial. Los rusos se retiraban sin presentar batalla. Sólo a finales de julio se produjeron algunos combates de cierta importancia.

Después vinieron las primeras grandes confrontaciones: Smolensko (17 de agosto), Lubino-Valutina Gora (19 de agosto)... que nada resolvían de modo definitivo pero que marcaban un punto de imposible retorno. A partir

de aquellos momentos no había otro sentimiento, en el ánimo de Napoleón, que el seguir hasta Moscú. Habría que superar la resistencia rusa, disponiendo de apenas 125.000 hombres útiles. Quedaban cientos de kilómetros y otro gran obstáculo, el Borodino. Sólo esta victoria les costó a los franceses 28.000 bajas. Con todo, al atardecer del 14 de septiembre de 1812, la vanguardia napoleónica avistaba Moscú. Pero lo que parecía un gran triunfo no era más que el comienzo de las verdaderas calamidades. Como es sabido, la capital rusa fue pasto de la llamas durante los días siguientes y el zar Alejandro no pidió la paz. ¿Qué hacer?

El frío no tardó en dejarse sentir. El 13 de octubre de 1812, caía en Moscú la primera nevada de aquel año. Poco antes había comenzado la retirada de los heridos y pronto, aunque el ambiente entre los soldados aún era de cierto optimismo, debería seguirle toda la ingente cantidad de hombres que habían invadido el país.

Inmediatamente comenzó el hostigamiento a las tropas francesas por parte de los rusos que atacaban como y donde querían. Pequeños combates o notables batallas, como la de Maloyaroslaret (25 de octubre) empezaban a provocar un continuo y agotador desgaste a las fuerzas de Napoleón. La moral de sus hombres decayó rápidamente.

Desde entonces, un rosario de nombres jalonaron los terribles recuerdos de los componentes de la, hasta poco antes, *Grande Armée*: Viazma (13 de noviembre), Krasny (15/16 y 17/19 de noviembre), el Beresina (26/28 de noviembre)... y siempre el frío y el hambre. Por toda Europa circulaban “noticias” de su derrota y, desde luego, también a la Península Ibérica llegaban los ecos de la estepa rusa. El 5 de diciembre Napoleón tomó su carruaje en Smorgonie, abandonó los restos de la *Grande Armée* y se dirigió a París. Poco después alcanzaban Vilna los entre 30.000 y 40.000 soldados que habían logrado sobrevivir.

El Emperador llegó a la capital de su Imperio para tratar de recuperar la situación. Debía reclutar un nuevo Ejército y prepararse para la campaña de la primavera de 1813. Sin embargo, a pesar de su extraordinaria capacidad, los daños sufridos, tanto materiales como morales, acabarían siendo imposibles de superar. La guerra en nuestro país pasaba a un segundo término, desde el invierno de 1812-1813. A aquellas alturas Napoleón debería preocuparse, ante todo, de frenar la marea que desde el Este amenazaba con sepultar su Imperio.

VI) Al lado de la estrategia, los elementos para llevarla a cabo decidirían la marcha y el desenlace final de la guerra. El principal, sin duda, el dinero, capítulo en el cual la ayuda británica a la causa española, con casi 10.000.000 £, resultaría fundamental y, en relación más o menos directa con los recursos financieros, el tema capital y no suficientemente estudiado de los suministros de todo tipo, en especial, los alimentos.

Los abastecimientos jugaron un papel clave en el conflicto peninsular de 1808 a 1814. Las tropas en campaña, según el Emperador, debían ser auto-

suficientes. De este modo se combinaban, en relación directa, la dimensión de la fuerza a emplear y las posibilidades que, para su mantenimiento, ofrecía el lugar sobre el que había de instalarse. Según una teoría al uso, pero completamente inválida, una población podría mantener a un ejército que no superara el 10 por 100 de la misma. En la práctica no era fácil conseguir el equilibrio adecuado para cada caso. El mismo Emperador había dicho, en más de una ocasión que, a un ejército pequeño, dentro de esa relación, el país se lo come; pero un ejército demasiado grande devora rápidamente los recursos y no puede subsistir sobre el terreno más allá de un tiempo limitado. Empezando por los alimentos, las posibilidades de España a este respecto tendían, dentro de las acusadas diferencias regionales, a inclinar la balanza hacia el último de los supuestos.

Las relaciones con la población civil, que habitaba los pueblos y ciudades sujetos a la ocupación militar, estuvieron condicionadas, en buena medida, por la mayor o menor gravedad de las exacciones a las que aquella se veía sometida por las tropas. No olvidemos que no pocos de los primeros conflictos entre los soldados napoleónicos y la población española con la que se relacionaron tras entrar en nuestro país estuvieron motivados por los problemas inherentes a un abastecimiento forzado.

En el artº. 3 de la convención anexa al Tratado de Fontainebleau se establecía que *“las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España”*. Carlos IV no podría hacer frente a su compromiso con un Tesoro vacío. Los campesinos españoles de las provincias por donde se inició la invasión se vieron pronto obligados a entregar sus cosechas a los franceses, sin recibir a cambio más que, ocasionalmente, algún título de deuda, que casi nunca cobrarían; no es de extrañar que la crispación subiera rápidamente de tono. La violencia ejercida por las tropas de Junot había causado ya los primeros incidentes graves. Marbot dice en sus *Memorias* que entre Salamanca y la frontera portuguesa los paisanos dieron muerte a 150 soldados. Aunque dicha cifra pueda deberse también a las pérdidas motivadas por otras causas, como enfermedades, accidentes, etc., refleja, sin duda, una grave hostilidad.

La tensión iría en aumento, sobre todo, en las zonas situadas entre la frontera y Madrid. Murat, aconsejado por el propio Napoleón, dio un decreto, el 16 de marzo de 1808, asegurando que pagaría todos los suministros que se entregaran a las tropas francesas. No sería así, ni entonces ni después; ni como “amigos” ni como enemigos. La situación fue empeorando, en todos los órdenes, desde el comienzo de la guerra.

Sólo unos ejemplos entre miles. En julio de 1808 los hombres de Bessiers estuvieron dos semanas sin recibir ni una sola ración. Las tropas de José I, tras su retirada al otro lado del Ebro, carecían de toda clase de abastecimientos, ya en el otoño de 1808. El Ejército de Soult, a su entrada en Galicia, se alimentaba en gran medida de las legumbres que robaba y de alguna patata que desenterraban los soldados... y así podríamos seguir hasta casi el infinito. Son igualmente numerosos los testimonios acerca de unidades que

se mantuvieron, durante muchos días, a base de bellotas y otros frutos poco apreciados.

Sin embargo, el problema no se reducía sólo a la comida, abarcaba también al vestuario y al calzado. En ambos casos el Ejército francés situó depósitos en los puntos clave del eje Bayona-Madrid y en otros enclaves. Ropa y botas llegaron principalmente de Francia, pero en cantidades insuficientes. Los soldados que venían desde la frontera del Oder debían recibir hasta seis pares de ellas para trasladarse a España. Una vez en nuestro país no era sencillo reponer el equipo con regularidad y las carencias tanto de uniformes como de mantas y calzado estaban a la orden del día. Ni que decir tiene que en las campañas en tierras portuguesas, lejos de cualquier abastecimiento normal, las condiciones empeoraban sensiblemente. Los soldados napoleónicos, aparte del hambre, hubieron de andar prácticamente descalzos y pasar frío y toda clase de miserias en muchas ocasiones.

Peor fue aún la suerte de las tropas españolas. Nuestros Ejércitos, organizados sobre la marcha y con absoluta falta de medios, carecieron prácticamente de todo. Uniformes y calzado procedían, en parte, de Inglaterra, y en otros casos se confeccionaron aquí, pero nunca en número bastante para cubrir las necesidades de nuestros soldados. Las numerosas reseñas encomiando su frugalidad y espíritu de sacrificio eran otras tantas muestras del hambre y las privaciones que debieron afrontar. Desbandados por miles tras repetidas derrotas, las condiciones a las que, con frecuencia, se vieron reducidos fueron realmente deplorables.

En cuanto a los portugueses y, sobre todo, a los británicos las cosas rodaron, por lo general, notablemente mejor. Abastecidos desde las Islas, los hombres de Wellington “disfrutaron”, casi siempre, de una situación que ya hubieran querido para sí franceses y españoles. Además, el aprovisionamiento sobre el terreno de aquellos productos que no llegaban a través del mar lo hacían pagando a los proveedores, con cierta normalidad, lo cual facilitaba la adquisición, en especial, de alimentos frescos. La cuestión se complicaba a la hora de desarrollar sus ofensivas en tierras españolas; donde, a pesar de las promesas de la Junta, o de la Regencia, la posibilidad de asegurarse aunque sólo fuera la comida se convertía en una pesadilla. Lo peor, evidentemente, llegaba en los momentos de la retirada hacia las bases portuguesas, después de haber permanecido algún tiempo en tierras de España; entonces sus circunstancias se asemejaban a las que normalmente sufrían los españoles. La dureza de las privaciones a las que se veían forzados acababa provocando graves desórdenes en sus filas.

Las fuerzas de cada uno de los bandos combatientes en la Península procuraban abastecerse de la manera que les resultaba más eficaz. En 1808 no había en España un cuerpo de Intendencia Militar que se encargara, específicamente, del mantenimiento del Ejército. Esa tarea correspondería a la Administración de Hacienda que, a través del Intendente designado para abastecer a las tropas de una determinada circunscripción, se ocupaba de tales menesteres. No figuraba, por tanto, en el presupuesto de la Secretaría de Estado y Despacho de la Guerra la correspondiente partida y los militares

se encargaban únicamente de asuntos específicos de la lucha armada. El personal de Hacienda, en colaboración con las autoridades civiles, adquiría los productos que los soldados necesitaban a través de la compra directa a los proveedores. No existían almacenes donde procurarse los alimentos asegurándose frente a inconvenientes imprevisibles.

Durante las épocas de paz este sistema podría funcionar con más o menos fluidez, pero en un contexto de guerra, con los Ejércitos en marcha a través de territorios no siempre capaces de ofrecer los productos necesarios, los sobresaltos para el estómago de los militares debían estar a la orden del día y no digamos nada de las necesidades de vestuario y calzado. Cuando por la duración del conflicto amplias zonas del país se encontraran completamente devastadas, la cuestión de asegurar los alimentos se hizo peliaguda. Añádase a ello que el pago, la más de las veces, a lo largo del periodo 1808-1814, se hizo en papel difícilmente convertible en dinero y de este modo iremos comprendiendo las desgracias de nuestros soldados.

Cabe aducir incontables testimonios, pero la voz autorizada de Canga Argüelles nos describe, de forma elocuente, la situación: *“Las quejas de los pueblos, tan repetidas como justas, por desgracia, por las vexaciones (sic) que les ocasiona la manutención de las tropas, la penuria que éstas padecen y la mezquina subsistencia que les proporciona el sistema hasta aquí adoptado para proporcionárselas penden de la falta de concierto en la parte económica de la guerra...”* Aunque a continuación alababa la capacidad de sacrificio, la perseverancia y el heroísmo de los españoles, en su lucha por la independencia, no podía menos que pedir al Gobierno que mitigara, en lo posible, este tipo de males casi inevitables en la especie de guerra que se estaba manteniendo. Era preciso organizar un plan de suministros bajo reglas uniformes, que derramasen las cargas por igual. Habría que evitar, además, las demandas excesivas y el desorden en el proceder de los agentes militares y administrativos del Ejército.

Tal vez la solución propuesta no resultara fácil de aplicar y sus efectos benéficos apenas se dejarían sentir en la práctica, pero la exposición de los agobios e injusticias no dejan lugar a la duda sobre el gravísimo problema de los abastecimientos. A la insoportable presión a que se veían sometidos los campesinos, había que añadir la desigualdad con la que sufrían tales cargas las diferentes provincias. La cuestión pues era tratar de hacer más livianas las exacciones y aplicarlas con mayor equidad. *“Pues que todas las clases del Estado hacen multiplicados sacrificios de sus intereses para corresponder a las necesidades de la Patria, el Ejército debe también ajustar sus gastos a lo necesario. Así -continuaba Canga- deberán limitarse las raciones de campaña...”* y cualquier exceso constituiría un insulto a la nación.

Acaso con más optimismo que realismo, el mismo autor expresaba mayor preocupación por la desorganización en la gestión de los recursos, que en la escasez de los mismos. Recomendaba la implantación de un servicio de Intendencia, a cuyo frente debía hallarse un Intendente General, auxiliado por tres comisarios ordenadores, al cual estaría sometido el intendente de cada Ejército (hasta siete, en 1811), y sus subalternos. El primero de los

comisarios tendría a su cuidado la inspección del personal de Cuenta y Razón de todo el Ejército, además de la instalación y funcionamiento de los servicios sanitarios y el pago de haberes. El segundo se ocuparía del establecimiento de talleres de vestuario, acopio de paños y fábricas de armas, así como de los transportes y la provisión de caballos. El tercero tendría por misión el acopio de víveres; la formación de almacenes y repuestos; el suministro de raciones y utensilios.

Así se superaría también el “provincialismo” que aún hacía recelar a cada provincia de la colaboración con otras. Atrás quedarían las divisiones y las disputas entre unas Juntas y otras, en el terreno económico, imponiéndose a todas un movimiento uniforme. Pero éstas y otras propuestas apenas tendrían repercusiones en la práctica.

Hasta tal punto constituyó una de las más constantes preocupaciones de las autoridades el conseguir los suministros, para los diferentes Ejércitos, que buena parte de la documentación recogida en los archivos hace referencia a este tema. En ocasiones se trata de disposiciones ordenando la entrega de alimentos a las tropas españolas y las liquidaciones hechas por tales conceptos; en otros son los vales del vino o los bonos del pan, o del abasto de carnes, del importe de las leñas o de las fanegas de cebada, puestos a disposición de las tropas francesas y lo mismo, en su medida, a las inglesas. No faltan tampoco algunos datos sobre bagajes, alojamientos y otros gastos. A veces, los documentos se engloban en una sección denominada “de subsistencias”.

Una parte de los productos que debían entregarse aparecen pues registrados, incluso a veces fueron pagados. Tal ocurriría, por ejemplo, con los asientos en los libros de cuenta y razón correspondientes a la entrada de reses para la provisión de carnes a las tropas francesas; o los cuadernos de suministros a las mismas. Así podemos ver las cuentas de las comisiones de alojamientos y suministros, tanto a las fuerzas españolas como francesas, incluso la liquidación de alguna. El ayuntamiento burgalés, por ejemplo, abonaba a diferentes interesados, varias cantidades, entre 1812 y 1819, por débitos contraídos durante la estancia francesa en la ciudad. No obstante, la mayoría de las veces no se iba más allá de la entrega de papeles en los que se reconocía la deuda contraída.

VII) En nuestro propósito de exponer las pautas de la guerra de España contra Napoleón, no podemos obviar alguna atención a la forma de lucha irregular que caracterizó la resistencia frente a las tropas del Emperador.

Uno de los grandes hitos en la historia de la guerra contra Napoleón en la Península, y sin duda otro de los factores clave en el devenir de aquel conflicto, fue la guerrilla; la manera de combatir que Napoleón menos había previsto. Aunque el fenómeno guerrillero no era novedad a la altura de los comienzos del siglo XIX... Lo verdaderamente peculiar de lo ocurrido, en este aspecto, durante la guerra contra Napoleón fueron las extraordinarias dimensiones de la lucha guerrillera.

Los franceses no encontraron el antídoto eficaz para aplastar a los combatientes irregulares. En última instancia, esta forma de lucha acabó identificando nuestra Guerra de la Independencia. A través de la historiografía romántica, la figura del guerrillero trascendió el ámbito estrictamente histórico, para entrar en los dominios de la mitología popular. No hizo falta una copiosa producción en el campo de la literatura española, (novela o teatro), para impulsar este proceso. Si acaso, las “memorias” de algunos de los que pelearon en España durante aquellos años fueron testimonio suficiente para proyectar, en toda Europa, el retrato de un combatiente que no daba ni recibía cuartel, y ocupaba un lugar predilecto en el imaginario colectivo. Guerrilla y guerrillero tomaron asiento en la leyenda de la mano de los historiadores, cuya teoría de la historia y cualidades narrativas, tendían a la exaltación de lo heroico, en el marco de lo “individual” y, en cierto sentido, “popular”. De este modo, la hipérbole y la simplificación fueron emborronando los perfiles de un fenómeno militar, cuyo sustrato sociológico, de mentalidad, económico y aún político, quedó aureolado con rasgos que, no siempre, se ajustaban a la realidad.

El “éxito” de la figura del guerrillero, en la historiografía española y extranjera, durante mucho tiempo, se asentó, además, sobre un conjunto amplio de muy diversos intereses. A veces su valoración, mitificada en parte, iría acompañada de una consideración dual: positiva y negativa simultáneamente, pero, en cualquier caso, coadyuvante a su mayor “popularidad”. Para los ingleses la actividad guerrillera encajaba mejor, en la forma de ser y de combatir de los españoles, que su actuación en el Ejército regular. Empezando por Wellington y siguiendo por los historiadores británicos encontraríamos una tendencia, permanente, a minusvalorar la aportación de nuestras tropas regulares en la Guerra Peninsular. Recordemos que, desde su perspectiva, el esfuerzo bélico contra Napoleón en España, considerada al efecto como una simple prolongación de Portugal, había correspondido a los británicos. El papel de nuestras tropas habría sido, según tal criterio, completamente marginal. Así, al lado de su consideración, escasamente positiva, del carácter y preparación de los mandos y de la disciplina y eficacia de los soldados españoles, encajaba, perfectamente, una mayor ponderación de la guerrilla.

También, los franceses hicieron igualmente de ella el elemento justificativo de buena parte de sus cuitas y fracasos en España. Sólo una forma de combatir totalmente ajena a las reglas, que hasta entonces les habían permitido recorrer Europa de victoria en victoria, podía explicar “el infierno” en el que se habían metido. Claro que, en su consideración, aquellos individuos, que actuaban sin respeto a los convencionalismos bélicos, estaban al margen de cualquier ley y, por consiguiente, eran bandidos. Pero “delincuentes” o no, las referencias a los guerrilleros, en todo tipo de documentos, públicos y privados, son tan abundantes que, con harta frecuencia, se focaliza en la guerrilla el protagonismo de la guerra.

Desde hace algún tiempo, y especialmente en los últimos años, la guerrilla y sus protagonistas vienen siendo objeto de una profunda “revisión” his-

torigráfica. A medida que avanza la investigación aparece un mundo cada vez más heterogéneo, signado por la complejidad en todos los órdenes. Seguramente, ni más ni menos, que la de la misma sociedad española de la que procedían y formaban parte.

Después las diferencias cuantitativas entre las partidas, (dimensión, periodo de actuación, etc.) nos sitúan ante otro panorama complicado y, en general, sea cual sea el aspecto que consideremos, la visión que tendríamos sería siempre multiforme. La complejidad del fenómeno guerrillero plantea problemas para encontrar una definición capaz de abarcar aspectos tales como: la gran variedad que se pone de manifiesto en cuanto a los motivos de aparición de cada uno de los grupos; la adscripción social de sus miembros; la evolución seguida por las distintas guerrillas desde sus comienzos; la dimensión y funcionamiento de las mismas; sus relaciones con el estamento militar y con la población civil; su área de actuación...

Controlar las actuaciones de las partidas; evitar sus efectos negativos, y potenciar la eficacia de sus acciones fueron algunos de los motivos que llevaron, a las autoridades “patriotas”, a dictar una extensa serie de normas en relación con el fenómeno guerrillero. Pero tales razones no serían las únicas que incidieron en el origen y desarrollo de todo un corpus jurídico específico y, en cualquier caso, no fue un proceso unívoco el que alumbró los sucesivos reglamentos; instrucciones, etc. destinados a enmarcar la lucha irregular. Además del lógico interés de las instituciones políticas y militares, por “ordenar el desorden”; también los guerrilleros sintieron la necesidad de un reconocimiento legal que les otorgara una especie de “status social”, que fuera la expresión de su legitimidad y concediera a las partidas y a sus jefes el “dominio” de su propio ámbito.

En el proceso de regulación, en realidad de militarización, el primer texto importante fue el Reglamento de Partidas y Cuadrillas; publicado por la Junta Central el 28 de diciembre de 1808. Se vivía en esas fechas, un momento decisivo en la lucha contra Napoleón, tras la desarticulación de los Ejércitos españoles provocada por el Emperador. Entre los objetivos de aquellas normas se hallaba el de impulsar la movilización popular de la forma más sencilla, de menor coste y más eficaz. Ofrecía a los guerrilleros (partisanos y cuadrilleros), la oportunidad de apropiarse del botín del enemigo y les otorgaba la consideración de héroes en la guerra por la independencia y la libertad. Era la ocasión de acoger a dispersos y desertores, incluso contrabandistas y otros colectivos marginales. Pero no se trataba de brindar un refugio alternativo, a los alistados ni a los sorteados, salvo circunstancias excepcionales; pues por ese camino se podía acabar sustituyendo a las unidades militares regulares. Se intentaba desarrollar, alternativamente, otra forma de combatir. Sus funciones habían de ser las de hostigar a las pequeñas unidades francesas, interceptar sus comunicaciones, dificultar su aprovisionamiento, informar a los jefes del Ejército español, etc.

Las partidas quedarían sometidas a las ordenanzas militares y subordinadas a la autoridad militar. En reciprocidad, el Reglamento de las Juntas Provinciales, en enero de 1809, establecía que aquéllas, a su vez, debían apoyar

con todos sus medios a la guerrilla. La Junta de Valencia, por su parte, llamó a la población civil a acometer a los franceses por cualquiera de las formas a su alcance. Claro que la respuesta de los soldados imperiales no se hizo esperar y aplicaron graves castigos contra toda manifestación de insurgencia.

En una especie de extraño diálogo, la Junta Central publicó un manifiesto el 20 de marzo de 1809, dirigido a las autoridades militares francesas, en el que presentaba a los guerrilleros como luchadores patriotas, como auténticos soldados. Siguiendo en su línea unas semanas más tarde, el 17 de abril de aquel año, antes de que el gobierno josefino desarrollara un gran esfuerzo en la lucha contra la insurgencia, la misma Junta daba a la imprenta la “Instrucción para el curso terrestre contra los ejércitos franceses”. Se insistía en otorgar carácter legal a las acciones de los guerrilleros con el fin de atenuar el terrible trato que, como a delincuentes comunes, les aplicaban los franceses. La “Instrucción para el curso terrestre” autorizaba a las guerrillas a tomar represalias sobre el enemigo, ofrecía recompensas a los que más se distinguieran en la lucha y pedía a las “fuerzas vivas” de la España patriótica que les procuraran abastecimientos y ayuda de todo tipo.

Pero esta “patente”, que invocaba una vieja figura de la guerra en el mar, llevada a cabo por naves oficialmente no incluidas en las respectivas Armadas, no lograría que las tropas imperiales consideraran a los guerrilleros como soldados. A pesar de los propósitos de la Junta Central, las autoridades josefinas siguieron calificándoles de brigands, es decir, bandidos. Los órganos centrales de poder, en las sucesivas etapas de la guerra (Junta Central, Consejo de Regencia y Cortes), promulgaron un voluminoso conjunto de normas sobre la actividad guerrillera. Entre ellas, aparte de las mencionadas, se contarían, el Reglamento para la formación de las Partidas eclesiásticas seculares y regurales (30-XII-1809), la Orden de 15-IX-1811, el Reglamento para las partidas de Guerrilla (11-VII-1812), y, finalmente, el Reglamento para los cuerpos francos o partidas de guerrilla (28-VII-1814), que venía a ser su carta de liquidación.

Más abundante aún fue la normativa sobre las mismas partidas de guerrilla, fuerzas auxiliares y de reserva dictada por diferentes instituciones provinciales y otras autoridades. En Cataluña, por ejemplo, cabría citar el “Plan para la nueva organización y manutención de los somatenes y compañías honradas de Cataluña”, que hizo pública la Junta Superior del Principado; o el “Reglamento para las partidas patrióticas” (1811), en este caso promulgado por Lacy, entonces Capitán General de aquellas tierras.

Los efectos de la acción guerrillera llevada a cabo por las partidas en España, contra las tropas napoleónicas, fueron muchos y muy diversos; la mayoría señaladamente costosos para los franceses. En un primer registro cabría incluir aquellos que denominaríamos “tangibles”, aunque no siempre fáciles de cuantificar; y en un segundo apartado, los de carácter “intangibles”, imposibles de reducir a ninguna estadística, pero, no por ello menos importantes.

La evaluación última de la actuación de las partidas podríamos expresarla de esta manera: las guerrillas no hubieran ganado la guerra, pero la victo-

ria se hace difícil de entender sin las guerrillas. En cualquier caso, la guerrilla fue un fenómeno perturbador en todas sus vertientes, capaz de incomodar no sólo al enemigo, sino también al bando propio. Al lado de los múltiples resultados positivos, para la causa patriota, producidos por la actividad guerrillera, conviene no olvidar otros aspectos menos favorables, dentro de su actuación. Por su esencial irregularidad, los grupos guerrilleros fueron preocupación constante no sólo de las autoridades francesas; sino, también, de las españolas.

A eliminar los inconvenientes derivados de la excepcionalidad que representa la guerrilla tenderían, por supuesto, de manera violenta y radical, la mayoría de las disposiciones contraguerrilleras aplicadas por los franceses; pero, a su sometimiento irían dirigidas, igualmente, las medidas legales y, a veces, directamente coercitivas, dictadas por las correspondientes autoridades españolas, políticas o militares. La guerrilla se toleraba, en mayor o menor grado, dentro del bando propio, en función de sus resultados. Un saldo que sumaba las ventajas del daño causado al enemigo pero que, las más de las veces, debería restar otros efectos negativos de su comportamiento.

Son frecuentes los documentos que hablan de una forzada tolerancia ante la discrecionalidad, cuando no sencillamente frente a los abusos, de los guerrilleros sobre la población. En línea con lo primero y, a modo de muestra, citamos un escrito de Francisco García Sanz a Canga Argüelles, desde Santa Olalla que, en el verano de 1811, lo indica textualmente. Después de darle cuenta de diversos problemas de distinto tipo añadía: “...como los otros males nos vamos por las guerrillas, cuyos excesos no podemos evitar por la debilidad con que, por necesidad se procede en la ejecución de los mandatos...”

VIII) Un último apunte para cerrar este boceto de la Guerra de la Independencia creemos que debe referirse a la más importante de sus secuelas, junto a las de carácter demográfico, económico, político, etc.; nos referimos a la “cultura de la violencia” que incorporó a la sociedad española y a la contribución que prestó para crear una imagen de España que se proyectó por todo el mundo, ambas cosas durante demasiado tiempo.

La primera de ellas heredada de un sexenio de conflicto, trastornó la sociedad española durante mucho tiempo. Cabría decir que desde 1814 ya nada sería como antes. Decenas de miles de individuos, acostumbrados a vivir en la guerra y de la guerra, no podían acomodarse a la “normalidad” de la paz de forma inmediata.

Hubo un “bandolerismo de retorno” que constituyó la manifestación más llamativa de la marginación posbélica. Si al hilo de la contienda no pocos delincuentes se acogieron a la regulación que brindaba una coyuntura excepcional, al concluir la lucha de ellos y otros más, acostumbrados a la extorsión, al pillaje, a cualquier forma de apropiación por la fuerza de toda clase de bienes, siguieron actuando del mismo modo que si la guerra no hubiera

terminado. Les resultaba más habitual este tipo de comportamientos que el trabajo en el campo o en la ciudad, suponiendo que pudieran encontrar alguna ocupación laboral para ganarse la vida.

Pero lo más grave no sería este tipo de fenómenos que, en el mejor de los casos, no pasaban de tener un carácter episódico, no banal pero sí parcial. Lo verdaderamente significativo sería la especial percepción de la vida y de la muerte que dominaría a lo largo de mucho tiempo la mentalidad colectiva. Aquélla, minusvalorada; ésta, excesivamente habitual.

Un conjunto de valores, individuales y colectivos, afines al *pathos* romántico que impregnaba el ambiente de la Europa de entonces, alcanzan ribetes paradigmáticos en una España hacia la que se acaba mirando, desde fuera, primero con admiración, luego con curiosidad y, por último, con displicencia.

Somos como somos, pero también como nos ven los demás. La peculiar realidad Española sustentaría una figuración reduccionista, de trazos caricaturescos, enmarcando arquetipos de hombres y mujeres llamados a durar en el espejo de un mundo, al Norte de los Pirineos, que nos verá distorsionados, por múltiples motivos, entre lo exótico y lo esperpéntico. Esta representación acogería algunos de los tópicos sobre los que, a lo largo de décadas, se construyó la imagen de nuestro país y de sus gentes.

En 1808, de modo súbito, España concentraba sobre sí, según la prensa británica, la atención de todo el Viejo Continente. Para el *European Magazine and London Review*, de septiembre de aquel año, España era “*el centro de asombro y admiración de toda Europa*”. El *Annual Register* venía a decir lo mismo; “*España -decía- es el centro, en torno al cual organizamos todos los demás países europeos*”. En tierras españolas se escenificaba el acto central de la historia europea. Según Coleridge, “*si Europa ha de ser redimida en nuestros días, sabe usted que siempre he sido de la opinión de que el esfuerzo inicial tendrá lugar en España*”. Pero después de la guerra muchas cosas habían cambiado.

El drama de 1808 a 1814 acabó inscribiéndose como tragicomedia con “papeles de carácter” asignados a unos hombres en los que el sentido del honor se apoyaba en elementos cuya importancia les parecía desproporcionada a otros europeos; con una religiosidad al borde del fanatismo, barrocos en todo, incluso en las manifestaciones antitéticas de su “barroquismo”; senequistas y culteranos a la vez; rudos, ignorantes, crueles... disparatados; y a unas mujeres cuya expresión acabaría siendo “Carmen”. Unos y otras conformando un cuadro exótico en un escenario difícilmente comprensible. La España de Cádiz, de la Constitución, de la Independencia y de la búsqueda de la libertad iría unida al país de charanga y pandereta, en un mismo cuadro.

La mayoría de los españoles o no fueron, o tardaron bastante en ser, conscientes de esa otra parte de sí mismos que se prolonga en la opinión de los demás. Cuando llegaron a serlo reaccionaron, también durante mucho tiempo, acentuando las notas diferenciales de su comportamiento; una manera de

hacer recíproca la incomprensión y de búsqueda de autoafirmación. Pero la minoría, que tuvo oportunidad y capacidad para apreciar pronto el retrato que de ellos se ofrecía, se vieron acometidos de un sentimiento en el que no faltaban las notas de frustración y pesimismo. Su desacomodo, ante la Europa que consideraban distinta e imitable, a la vez, se tradujo en una actitud tan hipercrítica como ineficaz concretada en una expresión vacía y aparentemente justificativa de todos los males, llamada a tener una desgraciada vigencia: “¡En este país...!” clamaban los “modernos”, menos de dos décadas después de acabada la Guerra, compendiando rechazo e impotencia, para extrañarse de España más que para mejorarla. Aquella muletilla insustancial, repetida por cualquier motivo, que provocaba la reprimenda magistral de Larra, resumía algunos complejos y una cierta esquizofrenia, con fases más o menos agudas en etapas posteriores.

En el recuerdo de muchos combatientes había quedado una imagen macabra de España, especialmente en las tropas napoleónicas. La “experiencia española” fue una tragedia para miles de franceses que regresaron a su país con las secuelas físicas y psicológicas de la guerra al sur de los Pirineos. Inválidos o minusválidos de cuerpo, pero también enfermos del espíritu, por el miedo y la derrota, arrastraron el resto de sus vidas la impronta de un fracaso inolvidable. La sombra del malestar por las crueldades que habían cometido o sufrido les alcanzaría siempre. Una visión trágica de España, menos conocida, anidaba así en el alma de decenas de miles de hombres.

Bibliografía

CANGA ARGÜELLES, J., *Memoria presentada a las Cortes Generales y Extraordinarias por D...*, Cádiz, 1811.

CHANDLER, D.G., *The campaigns of Napoleon*, 1966, reeditado por La Esfera de los libros como *Las campañas de Napoleón. Un emperador en el campo de batalla, de Tolon a Waterloo (1796-1815)*, Madrid, 2005.

CUENCA TORIBIO, J. M., *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo (1808-1814)*, Madrid, 2006.

DELGADO, J. (recopilación), *Guerra de la Independencia. Proclamas, bandos y combatientes*, Madrid, 1979, p. 174.

DIEGO GARCÍA, E. de, “De Fontainebleau al Dos de Mayo”, en ENCI-SO, L.M. (ed.), *El Dos de Mayo y sus precedentes*, Madrid, 1992, pp. 243-269.

DIEGO GARCÍA, E. de, “La crisis política en España. Noviembre de 1807 a Mayo de 1808”, en *Revista de Historia Militar. Número extraordinario: Los franceses en Madrid 1808. Información, propaganda y comportamiento popular*, Madrid, 2004, pp. 99-131.

HALL, CH. D., *Wellington's Navy: Sea power and the Peninsular War*, London, 2004.

HOLMES, R., *Wellington el Duque de Hierro*, Barcelona, 2006.

LOWETT, G.H., *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*, Barcelona, 1975.

MALYE, F., *Napoléon et la folie espagnole*, Paris, 2007.

METTERNICH, Príncipe de, *Memoires, documents et écrits divers laissés par le prince de (...) chancelier du cour et d'Etat publiés par son fies le prince Richard de Metternich...* París, 1880, Tomo II: *Sur les éventualités d'une guerra avec la France. Deux Memoires de Metternich, redigés a Vienne le 4 décembre 1808*, pp. 251 ss.

MOLINER, A., *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2004.

MORENO ALONSO, M., *Napoleón. La aventura de España*, Madrid, 2004.

NÚÑEZ FLORENCIO, R., *Sol y sangre. La imagen de España en el mundo*, Madrid, 2001.

PEDRO VICENTE, A., *No tempo de Napoleao*, Lisboa, 2001.

PRIEGO LÓPEZ, J. y PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, J., *Guerra de la Independencia*, 8 vols., Madrid, 1972-2006 (editada por el Servicio Histórico Militar).

RAHOLA Y TREMOLS, F., *Los diputados por Cataluña en las Cortes de Cádiz*, Barcelona, 1904.